



HISTORIA DE MIMI Y SU COMPAÑERO DE VIDA, RIGO: ÉL ME HABRÍA BUSCADO HASTA EL FINAL Y YO HARÉ LO MISMO

Me llamo Lusana Noemí Urias Armienta, Mimi, y quiero hablarles de Rigo, con quien compartí la mejor etapa de mi vida, el padre de mis hijos, mi gran amor. Él nació el 13 de marzo de 1963 en Bachoco, y yo el 22 de agosto de 1971 en Los Mochis.

En mi familia éramos cuatro hijos, de los cuales yo soy la mayor, y vivíamos en una casita aquí en Juan José Ríos, en un lote que nos heredó mi abuelo materno. La cocina era de lata de tomates y el techo de lámina. Una casita muy pequeña y sencilla.

Mi papá trabajaba regando la siembra con pipas de agua y mi mamá limpiando casas ajenas. Yo me hacía cargo de mis hermanos menores desde los ocho años y ayudaba con el quehacer, barriendo, sacudiendo y haciendo de comer. En las mañanas bañaba a mis hermanos, les preparaba el desayuno y nos íbamos a la escuela, y al regresar también los cuidaba hasta que llegaban mis papás. Mi pobre viejo llegaba con lodo hasta la cabeza de andar metido en los campos, y mi mamá arrastrando los pies de limpiar casas ajenas todo día.

En las navidades mis hermanos y yo estrenábamos los juguetes que los niños de las casas donde trabajaba mi mamá tiraban; creo que fue todo eso lo que me hizo agarrarle coraje a la vida, ser más fuerte y echarle muchas ganas. En la escuela siempre fui de las más aplicadas porque me encantaba estudiar, y cuando iba en la secundaria agarré el taller de mecanografía porque quería trabajar en una oficina. Como no tenía mi propia máquina para practicar, mi mamá me dibujó una en una

cartulina y ahí hacía mis ejercicios. Cuando llegaba al taller de la escuela corría en esa máquina.

Un día que fui a llevarle el lonche a mi papá al campo vi un anuncio en el que solicitaban secretaria de medio tiempo, era un negocio que comercializaba productos químicos. Yo apenas estaba en segundo de secundaria, con 13 años, pero ya sabía mecanografiar, así que fui a solicitar el empleo. El señor me dijo que yo estaba muy chiquita, que así no podía contratarme, pero yo le insistía en que podía hacer bien el trabajo, que manejaba a la perfección la máquina de escribir. Finalmente lo convencí y me quedé trabajando con él por tres años, haciendo facturas, notas de remisión, cobranza, depósitos en el banco y hasta atendiendo clientes. Al mismo tiempo estudiaba en el Conalep para auxiliar contable y aún así me alcanzaba el tiempo para bailar danzas folclóricas en las tardes. Con este grupo llegué a presentarme en bailes y fiestas en El Fuerte, Culiacán y Guasave. Había lugares llenos de gringos que nos daban muy buenas propinas porque les encantaban los bailes folclóricos.

Mis jornadas eran larguísimas. A las 7 de la mañana entraba al Conalep, salía a la una; entraba a trabajar con el señor hasta las seis y media, me venía con mi mami, agarraba los libros de la prepa y me iba. Por fin llegaba a mi casa casi a la media noche.

Después me fui un tiempo para Mazatlán porque tenía el sueño de ser aeromoza; me puse a ayudarle a una familiar mía en su casa, pero me trataba como negra (*sic*). Me tenía limpiándole y haciendo tacos desde las 5 de la mañana hasta la madrugada. Ya no aguanté más, y cuando me dijeron que no podría ser aeromoza por la estatura, me regresé con mis papás.

Tuve que dejar mi trabajo porque tenía que hacer mi práctica en el Conalep y me fui a hacerla a Los Mochis, a un despacho. Ahí me encontré con un señor, al cual hace años le cuidaba a sus hijos para que él y su pareja pudieran trabajar y estudiar. Resulta que se recibieron de licenciados y él era el presidente de la Federación Regional de Pescadores cuando me lo encontré en Los Mochis, de inmediato me dio trabajo.

Lo que ganaba me servía para pagarle el estudio a mis hermanos; uno terminó siendo ingeniero, la otra trabajadora social, y mi hermano

menor estudió turismo empresarial. Al mismo tiempo le seguía ayudando a mis papás porque finalmente ese era el propósito de estudiar tanto, salirnos del hoyo en el que estábamos antes.

El pueblo también se fue transformado durante esos años. Los ejidos empezaron a parcelarse y de los años ochenta para acá se fue urbanizando paulatinamente el pueblo, mientras que la tierra quedó en manos de tres o cuatro familias que monopolizaron toda la producción agrícola.

A mis hermanos también les iba bien, cada uno con su trabajo y su familia. Uno de ellos, el que estudió turismo, se fue para Estados Unidos a trabajar y estando allá tuvo un accidente que lesionó su columna, dejándolo parcialmente inválido. Demandó a la empresa y, después de ocho años sin poder salir de Estados Unidos, ganó el caso. Le dieron una indemnización y una pensión de por vida, pero él no estaba contento allá porque extrañaba a su gente, así que renunció a la pensión y se vino para el pueblo a poner una escuela de inglés. ¿Y cuál fue la sorpresa? Que él llegó, visitó a sus amigos, familiares, todo, y al mes y doce días lo mataron.

Cuando eso sucedió las cosas ya habían cambiado bastante en Juan José Ríos. Hacía unos cinco años había empezado la violencia, desde la noche del 20 de febrero de 2010, cuando mataron a seis muchachos muy jóvenes saliendo de una fiesta. A mi hermano lo agarraron con dos conocidos de la Iglesia; según testigos fue un grupo de jóvenes que andaban armados en unas camionetas. Eran sicarios y todo el mundo lo sabía porque no se ocultaba nada. Lo dejaron tirado en la carretera con una nota que decía: “Perdón familia, pero no se preocupen, fue tan bueno que tuvo tiempo para pedirle a Dios por él, por ustedes y hasta por nosotros”. Lo mataron porque había visto demasiado.

Para mí fue durísimo porque lo había criado desde chiquito, era como mi hijo. Yo maldecía a esa gente y sufría. Y mi mamá, pobrecita, empezó a volverse loca: se salía a la calle, miraba a los muchachos, los abrazaba, escuchaba la música que le gustaba a él y lloraba, lloraba mucho. Le dábamos comida y siempre apartaba para su hijo, hasta que yo me armé de valor y le dije: “No mami, ¿sabes qué? Estás mal, a tu hijo te

lo mataron, y dale gracias a Dios que te lo dejaron en la orilla. ¿Cuántas mamás hay que no encuentran a sus hijos??”.

Pusimos la denuncia pero no pasó nada, y hacerle seguimiento a la investigación era muy complicado porque teníamos que ir hasta Los Mochis al Ministerio Público. Resulta que este pueblo está dividido en dos: de una calle para acá pertenece al municipio de Ahome, y de la calle para allá a Guasave. Por ejemplo, aquí enseguida mataron a un muchacho después de corretearlo unas calles atrás, y yo le marqué a la Policía de Los Mochis y me dijeron que le tocaba a los de Guasave porque el cuerpo había caído allá.

Antes de la matanza de los muchachos el pueblo era muy tranquilo. La gente salía, se sentaba en la calle, abajo de un árbol, a conversar con los vecinos; aunque tuvieran su cochera o su espacio, a la gente le gustaba juntarse en la calle, debajo de un árbol, hasta que llegaron los maleantes y si veían a alguien afuera lo hacían meter. Así fue como el pueblo se fue llenando de miedo.

Aumentó el consumo de drogas entre los muchachos y uno a uno se fueron metiendo en problemas. Aquí en la calle, por ejemplo, de la generación de mi hijo, que tiene 22 años, ninguno estudió. El muchacho de enseguida quedó mal de sus facultades mentales por la droga; el otro desapareció y ya no supimos nada de él; a dos casas de aquí está una señora que también tiene a su hijo desaparecido; otro vecino, muy jovencito, se colgó, y otros dos que eran primos se mataron entre ellos. Mi hijo se salvó, bendito Dios, porque lo mandé a estudiar a Tepic con una tía muy estricta y él se acostumbró a ir de la escuela a la casa, de la casa al trabajo y no más. Ese es mi niño más pequeño de los tres que tuve con Rodrigo Palafox Corral, Rigo.

A él lo conocí cuando tenía 20 años y él tenía 24. Yo trabajaba en la Federación Regional de Pescadores y él era pescador, socio de una cooperativa. Un día llegó a la Federación para que le hiciera unas credenciales y ahí empezamos a conversar.

Venía del Ejido Bachoco y batallaba mucho para ir y venir todos los días porque allá estudiaba una carrera técnica en las noches, después del trabajo. Cuando llovía le agarraba un lodazal y llegaba con el pantano

hasta las rodillas. Era un hombre de nobles sentimientos, siempre saludaba con su corazón abierto. Por eso para donde fuera dejaba su historia, una amistad sincera. Desde chiquito fue, según dice su mamá, “muy limpio, muy ordenado, muy trabajador, muy buen hijo”. Se querían mucho ellos dos. El papá, en cambio, era muy enojón y los maltrataba.

Nos hicimos amigos y él me contaba de su esposa, que estaban muy mal porque ella desatendía a sus hijos, tres muchachos, el mayor de diez años. Yo le aconsejaba para que cuidara su relación, pero él terminó metiéndose con otra muchacha a la que dejó embarazada y al final se quedó solo, porque las dos se fueron. La primera lo dejó con los niños.

Trabajaba en el campo pesquero Lázaro Cárdenas, en Ahome, y allá estaba día y noche tirando chinchorros hasta que agarraba camarón. Estaba negro de tanto sol y yo a veces le llevaba hielерitas; se brincaba el charco³¹ para Topolobampo y allá vendía lo que pescaba. Agarraba dinero para darle a su esposa para los gastos y el resto lo ahorra para comprarse su propio motor, porque el otro era prestado. Entonces empezó a trabajar con su propia lanchita y se dio cuenta que podía hacer negocio vendiendo gasolina a los otros pescadores y empezó a vender y a ahorrar dinero para comprarse su propia camioneta.

Y así se la pasaba, vendiendo camarón y gasolina, pero ya no pescaba, sino que lo compraba a otros pescadores. Entonces puso una casita con tejabán, metió unas mesas y empezó a vender camarón junto con su hermano en una cooperativa que se llamaba Julián Vega Félix, el nombre de un gran amigo suyo que había fallecido un poco antes.

Empezamos a andar en 1993, pero no se la puse fácil porque conocía muy bien lo tremendo que era. Hasta que un día, un sábado santo, fuimos a dar la vuelta a San Miguel con unos amigos y se avienta a darme un beso, yo lo empujé al agua. Fue mucha risa ese día porque todos me decían que le diera una oportunidad y él andaba todo mojado.

Finalmente nos hicimos novios y yo salí embarazada al año siguiente. Para ese momento ya me había independizado de mis papás y

³¹ Se refiere a cruzar la bahía para llegar al pueblo de pescadores de Topolobampo. [N. de las E.].

rentaba mi propia casa en Juan José Ríos. Le di tiempo para que él organizara sus cosas y pensara bien qué quería hacer, porque yo ya había decidido tener a mi bebé, aunque fuera sola. Fue hasta 1997, cuando Wilber tenía dos años, que Rigo llegó a mi casa con sus cositas y se quedó a vivir con nosotros.

En ese momento yo ganaba más que él y le ayudé mucho para que su negocio creciera. Empezó a sacar camarón para Chihuahua y para el otro lado, y después decidió que quería sembrar y empezó con el tomatillo. Le fue muy bien y me dijo: “¿Cómo ves chapita?, hay que comprar una tierra para seguir sembrando”; y así fue, la compró en Bachoco y luego compró otras que ponía a trabajar o rentaba. Más adelante le dieron crédito para una máquina trilladora y empezó a maquilar; luego vinieron los tractores. Todas las decisiones las tomábamos juntos, lo platicábamos bastante antes de empezar un nuevo negocio. Siempre fue muy buen patrón Rigo, le gustaba ayudar a la gente y a sus trabajadores los trataba muy bien.

Para 2002 Rigo se trajo a sus hijos a vivir con nosotros. Yo ya tenía a mi segundo hijo, Christian Guadalupe, que tenía dos añitos, y me había salido de trabajar de la Federación porque con dos hijos era muy complicado. Sus hijos ya estaban grandecitos: el mayor, Jesús, tenía como 16 años; Alma, 13 y el menor, Rodrigo, 10. En ese momento la casa en la que vivíamos era bien chiquita, habíamos empezado a construirla unos años antes, de a poquito, pero ya éramos siete personas durmiendo en el mismo colchón que estaba tirado en el piso. Era un niñerío tremendo de arriba para abajo. Los fines de semana nos íbamos todos a plantar tomate, a cortarlo, a sembrar, a enchorizar³² los frijoles, a limpiar canales, a lo que fuera, pero todos juntos. Era parte de la formación de los muchachos, para que le agarraran el gusto al trabajo.

Aunque los niños estuvieran chiquitos todo lo hablábamos y tomábamos las decisiones juntos. Nuestro plan era trabajar hasta los cincuenta años, entregarle a cada quien lo que le correspondía y retirarnos a vivir los dos tranquilos.

³² Juntar las plantas secas por rollos y acomodarlas en las hileras sobre el suelo, formando lo que se conoce como chorizos [N. de las E.].

Rigo tenía su carácter y era duro con los niños, quizá repetía el mismo patrón que vivió con su papá. Por ejemplo, con mi muchacho mayor, Wilber, tuvo muchos problemas porque él decidió estudiar radiología y Rigo no estaba de acuerdo, decía que no era posible que no estudiara algo que tuviera que ver con los negocios de la familia, pero yo apoyaba a mi hijo en todas sus decisiones, aunque Rigo no estuviera de acuerdo. Al final Wilber resultó ser muy aplicado y se graduó de su escuela con honores. Después de mucho batallar encontró trabajo en lo que le gustaba, así que su papá tuvo que pedirle perdón por haberlo maltratado tanto. Lo curioso es que después de todo Wilber no pudo agarrar ese trabajo que se había ganado con mucho esfuerzo porque fue cuando su papá desapareció y tuvo que hacerse cargo de sus negocios.

Cuando Rigo desapareció estaba por cumplir 50 años, a casi nada de lograr nuestro sueño de casarnos y retirarnos para descansar por fin. Pero ese momento no llegó.

Creo que todo empezó cuando a Rigo le ofrecieron la Presidencia del módulo de riego más grande que hay aquí en Sinaloa. Un módulo de riego es donde llevan todo el control del pago de agua y de permisos para la siembra, y está a cargo de un presidente, un secretario y un tesorero. A Rigo la gente lo quería mucho y fue elegido popularmente para ocupar ese cargo. Yo no quería que aceptara porque las personas que entran ahí y trabajan, como ganan bien, compran un camión, arreglan su casa, se les empieza a notar el dinero, y entonces ya cuando salen dicen que se hizo casa robando al módulo; no importa lo que hagan, siempre salen mal parados. Además, también había mucha mafia detrás de las tierras y eso era peligroso.

Delante de mis hijos me pidió que lo dejara cumplir ese sueño, que eran tres años nomás y luego se jubilaría, nos iríamos a un crucero y nos olvidaríamos de estar trabajando tanto. Entonces le dije que le pidiera a Dios toda la noche que si ese trabajo era para bien, le pusiera los medios para ganar las votaciones; si era para mal, que le pusiera los medios también para que no sucediera. Así quedamos, y él andaba bien a gusto haciendo reuniones con la gente para explicarles el plan de trabajo que tenía.

Andaba en eso cuando fue a una exposición agrícola en Culiacán y un hombre le puso una pistola en la espalda, pidiéndole que se fuera para el fondo del pasillo, que alguien lo estaba esperando allá. Se encontró con un muchachito como de 26 años que, en resumen, le pidió que renunciara a la contienda porque él ya tenía su gallo.

Llegó muy nervioso a la casa y no paraba de llorar porque no quería quedarle mal a la gente que había puesto sus esperanzas en él. Duró cuatro días encerrado en la casa y luego salió a renunciar a la votación.

Mientras todo eso pasaba, Rigo también andaba metido en otra lucha contra una planta de amoniaco que iban a instalar en Topolobampo. Se empezó a organizar con las cooperativas de pescadores para cuidar el hábitat de los peces y en agosto de 2015 él y otros compañeros presentaron una demanda ante la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (Profepa) por el desequilibrio ecológico y daños causados por la planta de amoniaco al estero El Quelele.

Él era de los que más participaba en las protestas, que iban dirigidas a los empresarios de la planta y a la gente del gobierno; desde el gobernador Malova³³ hasta funcionarios del gobierno federal involucrados en el tema. Un día me pidió que le prestara una gorra para ocultar su rostro en la marcha porque ya lo reconocían por el sombrero. Yo creo que tenía miedo en ese momento y por eso pienso que ésta es otra hipótesis sobre lo que pudo sucederle.

Aunque también hay una tercera línea que yo he investigado. Resulta que Rigo era bien mujeriego y además celoso. A mí no me dejaba ni siquiera usar faldas, pero él sí andaba de coqueto por la vida. Una vez se metió con una muchachita de 17 años; los encontré un mero 14 de febrero en la casita que teníamos frente a la playa, cuando yo iba a darle una sorpresa para celebrar el día de San Valentín. El caso es que esa muchacha andaba con otros hombres y uno de ellos era un sicario muy pesado.

Después de ese episodio nuestra relación dio un vuelco, porque yo no podía seguir siendo la misma y a él eso lo afectaba mucho. Un 28 de

³³ Se refiere a Mario López Valdez, quien fuera gobernador de Sinaloa en el periodo 2011-2017 [N. de las E.].

octubre, día de San Juditas, llegó con unas rosas a la casa, y en cuanto me las entregó me fui a ponérselas al santito, pero me dijo que no, que esas eran para mí, que a él le traía las suyas; empezó a preguntarme si todavía lo quería porque hacía mucho que no se lo decía. Esa noche velamos a San Juditas y nos quedamos conversando como hasta las tres de la mañana. No sé qué pasó, pero al día siguiente me entró una melancolía muy profunda. No paraba de llorar y me sentía muy triste, hasta que tuve que ir a un doctor, que me mandó medicamento para lograr tenerme en pie.

Rigo ya no era el mismo y hasta mis hijos me preguntaban si le pasaba algo, porque lo notaban extraño. Wilber me dijo que un día le había pedido perdón por todo y le había dicho que lo quería mucho, pero a mi hijo eso le pareció fuera de lo normal.

Hasta que llegó el domingo 6 de noviembre de 2016, el último día que escuché la voz de Rigo. Él estaba en Lázaro Cárdenas, en la casita de la playa, trabajando; me habló temprano para pedirme que lo esperara para ir a misa juntos y luego a comer. De allá para acá son 45 minutos, pasaron las horas y nada que llegaba, empecé a sentirme muy mal, no podía respirar y para calmarme lo único que se me ocurrió fue ponerme a rezar.

Un rato después llamó su hijo Rodrigo y me dijo que a Rigo se lo habían llevado y que él andaba en friega buscándolo por el monte y no daba con él. Alguien le avisó que había visto cómo se lo llevaban. La gente empezó a organizarse para buscarlo hasta que recibieron una llamada de los maleantes para exigir que pararan todo inmediatamente o lo iban a matar.

Amenazaron a mi cuñado por teléfono, así que nos quedamos quietos ese día y no fuimos a poner la denuncia para evitar perjudicarlo. Pero yo no podía seguir así, y entonces empecé a buscarlo por mi cuenta. Al día siguiente me fui con sus hermanos y con mis hijos a buscar al monte y encontramos su camioneta quemada. Olía a animal y yo sufría pensando que podría haber sido él, pero me acordé que traía mucho pescado y que más bien era eso.

No podía quedarme quieta, puse a mis hijos a que me ayudaran a rastrear su celular y me marcaron un punto donde había señal. Así que me fui para donde una prima que tiene una boutique y le pedí prestada una peluca para disfrazarme. Me la puse y me fui sola a buscar el punto, que resultó ser una bodega en medio del monte con un tipo armado en la entrada. Cuatro días fui a buscarlo a esa bodega, pero no pude hacer nada y me sentía muy mal. Yo sé que si le hubiera pasado a alguno de nosotros, Rigo no hubiera descansado hasta encontrarnos.

Así que después de que pasaron cinco días llamé a antisequestros de la Procuraduría General de la República (PGR) para poner la denuncia, pero me dijeron que como no habían pedido rescate ellos no podían hacer nada. Llamé también a la policía municipal, pero me mandaron para Ahome, que porque allá correspondía. Y pues qué casualidad que estando ahí en la comandancia llaman a Rodrigo y le piden rescate, entonces ahora sí tomaron el caso en antisequestros de Los Mochis y empezó una semana terrible para nosotros porque teníamos que pasar todo el día metidos en el Ministerio Público esperando a que llamaran para empezar la negociación del rescate. Finalmente llamaron y le pidieron a mi cuñado que les dejáramos 500 mil pesos en La Noria. Mi cuñado les dijo que queríamos una prueba de que Rigo estaba vivo, entonces los tipos estos le dijeron que hiciera una pregunta que sólo él pudiera contestar. Le pedí que le preguntaran: “¿qué hizo su hijo en la escuela Sermar?”, porque nadie sabía, más que nosotros dos y su hijo Rodrigo. Se me hace un nudo en la garganta nada más de acordarme de ese momento, porque la respuesta era la correcta. Finalmente dejamos el dinero en donde nos habían dicho, pero a Rigo no lo regresaron.

Todos nos pusimos muy mal, a mí se me empezó a caer el cabello de los nervios y mi hijo más chiquito parecía un palito porque no comía nada. Me la pasaba preguntando a todo el mundo, incluso a la gente mala de aquí del pueblo que uno conoce porque son vecinos, si sabían algo del Rigo, pero no dábamos con ninguna pista.

Habían pasado siete meses y yo andaba en Tijuana visitando a una tía cuando hablaron para decirme que unos bañistas que estaban en la playa habían encontrado el cráneo, parte de la columna y dos costillas

de Rigo. Que sabían que era él porque la prueba de ADN había dado positiva con la de sus hermanos y su hijo.

Sus hijos mayores recibieron los restos y se encargaron de todos los trámites oficiales y del sepelio. Ese día lo trajeron a mi casa diez minutos para que me despidiera y después se lo llevaron a Lázaro Cárdenas a sepultarlo, porque así lo había pedido él. Me acuerdo que me decía: “Cuando sea mi funeral me entierras allá en Lázaro y vas a ver cómo se va a llenar eso de mujeres llorando y van a estar llorando a gritos”, nos reíamos cuando lo platicábamos.

No tuve acceso ni a los documentos que les entregaron a sus hijos ni a los restos. Pero una vez mi hijo me enseñó una foto del cráneo que le habían pasado sus hermanos y en cuanto la vi supe que no era Rigo, porque él tenía todas sus amalgamas de porcelana y el cráneo tenía amalgamas negras. Yo estaba en lo cierto porque lo confirmé después con su dentista de toda la vida, pero como no tuve acceso al cráneo cuando lo entregaron no pude decir nada y así se quedaron las cosas. Si lo hubiera visto, si lo hubiera tocado cuando lo encontraron, para mí hubiera sido suficiente para saber si era Rigo; cómo no iba a saberlo si le tocaba todos los días la cabeza en la mañana, en la tarde, en la noche.

Yo seguía con dudas y un día me fui para el lugar donde supuestamente lo habían encontrado; hablando con la gente supe que cuando llegaron los peritos de la fiscalía hicieron nomás un cuadrito chiquito y recogieron lo que había ahí.

Para eso yo ya andaba con Las Buscadoras y había aprendido de las búsquedas. Así que rastree todo el lugar, encontré unas costillas y me las llevé para la fiscalía de Guasave para que les hicieran la prueba de ADN. Me querían meter a la cárcel por haberlas llevado, pero para mí era importante que estuviera completo si es que era Rigo y que me confirmaran la identificación.

Además de todo esto, la situación económica se complicó bastante porque Rigo no dejó testamento, y aunque no todo en la vida es dinero, sí me preocupa el futuro de mis hijos y me entristece haber trabajado tanto para quedarnos sin nada. Al final lo que más me preocupa es protegerlos a ellos, porque siento que detrás de lo que le hicieron a Rigo

había odio, y me da miedo que quieran hacerle algo a mis hijos. Tuve esa sensación cuando encontré la camioneta quemada, supe que lo habían hecho con odio, con mala vibra, así que tampoco me interesa buscar a los responsables; al contrario, me da miedo que le vayan a hacer algo a mis hijos por venganza.

Por ahora quisiera darle algo de tranquilidad a mis hijos, quizá buscar asilo en Estados Unidos para estar más cerca de mi familia y cambiar de vida, pero me da tristeza irme de la casa y dejar de buscarlo. Él me habría buscado hasta el final y lo mismo haré yo, porque no creo que ya lo hayamos encontrado.

MUJER DE LUZ, MUJER QUE SANA

*Cuando alguien desaparece,
lo humano desaparece también.
El rito de las desapariciones
insiste en volvernó invisibles
cuando somos fluorescentes
como tu alma, Mimi.*

*La que de niña rebanaba la luna para alimentar a sus hermanos,
la que entre un sueño y otro también bailaba
y en su falda reguilete florecían más sueños.*

*La que dejó caer un pedazo de su corazón
envuelto en un puñito de tierra
cuando despidió a su hermano.*

*Mimi,
la que domina el lenguaje del tiempo
y de los pájaros.*

*La que camina con el cielo en llamas,
con la memoria ardiendo entre los días
aunque todo se derrumbe por la ausencia.*

*La que espera mar adentro
a que su pescador vuelva
para abrazarlo de cuerpo entero
o para sembrarle flores.*

*Mimi,
la que de noche recuerda
a un muchacho con el pantano hasta las rodillas,
desafiando el tiempo y sus animales costumbres.*

*La que no se rinde,
la de los brazos monocordes,
de vocación peregrina,
la que tiene una certeza:
el futuro es una palabra rota,
y aún así, ella vuela*

DENISE BUENDÍA